Estamos todavía en junio cuando escribo, buscando palabras que puedan definiros una situación de futuro, de un futuro un poco más largo que el tiempo que transcurra entre mi escrito y vuestra lectura.

Algunos habéis comenzado a comprender que nuestra profesión, la de arquitecto, está cambiando rápidamente y cambiará más en el futuro. Sería una pedantería por mi parte pretender conocerlo, pero creo disponer de la información que otros no tenéis para poder aventurarme en este extraño mundo de la prospectiva.

En primer lugar, tenéis que ir pensando en vuestra defensa en un mundo sin la intervención obligada de un arquitecto, sin la exigencia de un visado, sin un Colegio proteccionista o corporativista, en definitiva en un mundo en el que la existencia del arquitecto dependerá únicamente de su valía, de su calidad.

Sin embargo, esto no significa la desaparición del arquitecto, sino todo lo contrario. El mundo hacia el que pretendemos ir, puede determinar, si las grandes potencias militares nos lo permiten, que la calidad de vida de los pueblos y su estimación por la cultura supongan una nueva consideración de la arquitectura. El resurgimiento de todas las grandes civilizaciones ha estado siempre ligado a la arquitectura y un futuro esperanzador no puede tener ninguna otra aspiración en este campo. El futuro de la arquitectura es optimista, y hoy habla de arquitectura la prensa diaria y se discute en el Parlamento, lo cual era inusual hace muy pocos años.

Ahora bien, serán pocos los que disfrutarán del éxito que representa poner la firma personal al pie de una obra. El ejemplo europeo del arquitecto asalariado se acerca aceleradamente, y este fenómeno es difícilmente compatible con la facultad que un profesional de la arquitectura necesita para un adecuado ejercicio de su actividad. Muchos necesariamente desearán ser especialistas y colaboradores, mas sólo unos pocos podrán aspirar a la gloria individual. Pero afortunadamente, hay posibilidades de seguir manteniendo la esperanza en una de las escasísimas profesiones liberales que todavía subsisten.

Prepararse para el futuro que puede vislumbrarse más o menos fácil para los que comienzan, más o menos difícil para los que ya hace 10 ó 20 años que ejercemos la profesión de una determinada forma y aspiramos a ejercerla durante 20 ó 30 años más, y prácticamente supone una actitud indiferente para los que esperan poder «ir tirando» hasta que el cambio se produzca.

El futuro requiere tener en cuenta varias cosas. En primer lugar la libertad de circulación de los grandes arquitectos por todo el mundo nos permitirá verles actuar en nuestra propia ciudad. Esta libertad de circulación es esperanzadora. Por un lado, supone la emulación, un reto siempre interesante. De otro, algunos listos sabrán el suficiente inglés y tendrán la suficiente mundología para actuar de enlace entre culturas y saber traducir los complicados mecanismos administrativos del mundo latino y mediterráneo a los anglosajones y demás bárbaros del norte.

En segundo lugar, el mundo del diseño en todos sus aspectos, industrial, arquitectónico, interiorista, ambiental, etcétera, presenta unas perspectivas muy halagadoras para aquellos que son capaces de comprender su verdadero significado. Probablemente muchos arquitectos olvidarán su doble profesión técnica y arquitectónica y se dedicarán exclusivamente a este mundo del diseño. Otros, quizá concentren sus esfuerzos en el mundo de la técnica y serán importantes aliados de estos equipos de arquitectos por la facilidad de un lenguaje común que los unirá. Otros tendrán que concentrar sus esfuerzos en el Urbanismo, probablemente una profesión independiente, sólo unos pocos, quizá, conseguirán la universalidad de nuestros antecesores.

En tercer lugar, el mundo de la informática y las comunicaciones nos invade. Hoy el diseño por ordenador es fundamentalmente un mal competidor del delineante. Pero, ¡atención!, no menospreciéis el ordenador del futuro, un futuro que avanza muy deprisa con renovados éxitos. Pronto el estudio bien informatizado y bien informado, es decir, bien comunicado, puede ser una necesidad ineludible, tanto para el profesional aislado como para estos probables superequipos.

Se trata de cambios importantes, la trascendencia de los cuales puede depender de otros factores complementarios como son, a modo de ejemplo, la política de mayor o menor intervencionismo del Estado en la economía privada, la enseñanza, el mundo de la cultura, etc. No obstante, éste no es el hecho fundamental. El hecho fundamental para nuestra profesión es y será la arquitectura.

Con los cambios indicados el concepto de Colegio profesional cambiará también substancialmente, puesto que hoy ya es difícil defender el modelo de Colegio que hemos heredado de nuestros mayores. Solamente un Colegio que sea capaz de defender al arquitecto por su aportación a la arquiectura, puede tener algún sentido. Los habrá, es bien cierto, que seguirán defendiendo la protección del corporativismo colegial hasta el último minuto. Creo que sus posibilidades son efímeras y acaso suicidas para todo el colectivo si está dispuesto a avenirse con esta línea.

Asimismo, los hay que creen estar por encima de estos cambios, de estas situaciones, que no precisan proteccionismos ni tarifas, ni Colegio. No todos tienen razón. Solamente los que hayan podido ponerse al día, reciclarse, especializarse o tener un bagaje importante que ofrecer, tendrán un mínimo de futuro. El arquitecto quizá nace pero también se hace y la competencia en un mundo totalmente libre, sin proteccionismos y con un exceso considerable de profesionales, será dura, muy dura.

Protejamos la arquitectura y estaremos protegiendo nuestra profesión y por tanto a nosotros mismos. Defendamos colectivamente a aquellos de entre nosotros que destacan por su valía o son ensalzados por la sociedad. Son nuestro mejor pasaporte hacia el futuro.

Ante esto podemos hablar de futuro incierto, pero creo también que podemos hablar de futuro optimista. Individual y colectivamente una profesión como la nuestra tiene su futuro asegurado en un mundo cada vez más culto, preparado y rico, buscando la mejor calidad de vida.

El arquitecto que estudió 6 ó 7 años para tener un título y sobrevivir durante 40 años ofreciendo su firma más que sus servicios, no tendrá otra opción que la del *aggiornamento.* El que ha sabido mantener su educación permanente por los procedimientos que haya tenido a su alcance, o se haya especializado en determinados asuntos, muy poco ha de temer del futuro. Hay muchas maneras de estar al día y todas pueden ser interesantes para el futuro.

Este futuro puede tardar más o menos, no lo sabemos, mejor dicho no lo sé ni osaría aventurar una fecha, pero se acerca deprisa y es necesario prepararse individual y colectivamente. Los que así lo entiendan pueden ser optimistas con respecto a los tiempos que vendrán, los que no sepan o no puedan entenderlo son los que, según mi opinión, tienen un futuro incierto.